

IMPOSICIÓN DE LA ORDEN DE BOYACÁ AL CARDENAL PEDRO RUBIANO SAENZ. Bogotá, 26 de marzo de 2001

UN NUEVO “DON DE PAZ” PARA COLOMBIA

Hoy estamos de fiesta y es por ello que nos reunimos para celebrar juntos este “don de paz” que Su Santidad Juan Pablo II nos ha entregado, como resultado y fruto final del Jubileo, en la “creación” del Cardenal Pedro Rubiano.

Yo quiero decir hoy claramente ante los colombianos presentes y ante la Iglesia que este “gesto” del Papa debe ser la oportunidad para recuperar definitivamente la esperanza.

¿Qué significa “recuperar la esperanza”?

Significa el renacer de nuestra capacidad de soñar;

significa tener la certeza de que si soñamos juntos podemos crear una realidad;

significa compartir valores y ponerlos en evidencia;

significa compromisos con la paz, con la convivencia, con la solidaridad;

significa sentir que defendemos la vida con la vida misma ...

Queridos amigos:

Reunidos hoy por primera vez en torno a “nuestro Cardenal”, con nuestro Nuncio, con nuestro presidente de la Conferencia Episcopal, con el Celam, con todas las dimensiones institucionales de un Estado libre y democrático, hemos de prometernos a nosotros mismos que venceremos en las batallas que deben conducir a la paz.

La batalla por los principios

La batalla por los principios nos permitirá reconstruir la familia, la escuela, la alegría de la juventud, la responsabilidad ciudadana, la satisfacción de la vida cumplida de la tercera edad. Todos bien sabemos que una visión que no va seguida por la Acción termina convirtiéndose en una alucinación.

La batalla por la justicia

Tenemos que ganar también la batalla por la justicia a fin de que no se nos llene la convivencia de gritos de indignación y de impotencia. Más aún, es preciso entender que la justicia no es sólo aquella que surge de los tribunales sino también la de quien paga el salario justo, la del que trabaja y produce con calidad, la del que invierte en Colombia lo que gana en Colombia, la del que generosamente convierte sus ganancias en empleo.

La batalla por la verdad

Hemos de ganar, por tanto, la batalla por la verdad. Quien lucha por la verdad se abre al diálogo. Estamos aprendiendo a decir nuestra verdad y estamos aprendiendo a escuchar las verdades de los otros; lo estamos haciendo en ese proceso donde es preciso “distendernos” para generar esa confianza que nos haga posible llegar a unir nuestras manos para abrazar las vidas que rescataremos juntos a la muerte.

¡Cuánta razón la de aquel autor que escribía que la única manera de impedir que nuestras manos maten es unir las para defender la vida!

La batalla por la paz

Queridos amigos: tenemos, en fin de cuentas, que ganar la paz. Hacerlo no es imposible si lo hacemos juntos, al mismo tiempo. No es lícito llegar tarde a la paz. Ella es nuestro derecho fundamental. No debemos olvidar las palabras del Pontífice cuando el pasado 11 de marzo advertía sobre el peligro de la violencia:

“El terrorismo nace del odio y a la vez lo alimenta, es radicalmente injusto y acrecienta las situaciones de injusticia, pues ofende gravemente a Dios y a la dignidad y derechos de las personas. ¡Con el terror el hombre siempre sale perdiendo! Ningún motivo, ninguna causa o ideología pueden justificarlo. Sólo la Paz construye los pueblos. El terror es enemigo de la humanidad”.

* * *

Señor Cardenal y queridos amigos:

Estoy convencido de que todos los que estamos investidos de alguna autoridad estamos obligados no sólo a dar buen ejemplo sino a ser maestros de la comunidad.

He querido enseñarle a mis compatriotas que es preciso dibujar enamoradamente la Colombia que queremos vivir y que soñamos para nuestros hijos; he querido enseñar que todos podemos contribuir a la paz, que es indispensable desarrollar el sentido de la tolerancia y aún ir más allá, encontrando la verdad del sentido de la aceptación. He querido enseñar que es preciso crearle una metodología a la paz y que es necesario mirar la cara del adversario porque su rostro confirma o niega el sentido de sus palabras.

En esta tarea –difícil por cierto- he tenido el privilegio de contar siempre con el apoyo de la Iglesia. Al visitar al Santo Padre en Roma, me animó en la continuación de este esfuerzo; trece veces durante este tiempo de gobierno ha estimulado las tareas de la reconciliación con diversos mensajes; hemos

sido bendecidos con la beatificación del padre Marianito y ahora –en enero- escuchamos todos la petición, [hecha en audiencia pública, urgiendo la continuación de los diálogos para proseguir en la construcción de la paz.](#) Todas éstas [son señales de afecto y gestos de predilección por Colombia.](#)

Y junto a este testimonio, los esfuerzos del Señor Nuncio que tiene esa “fe vieja” de los que saben construir la historia; los trabajos y sacrificios infatigables de Monseñor Alberto a nombre de la Conferencia Episcopal; las angustias de muchos de ustedes que hoy se sienten reforzados, respaldados, animados por “la creación” del Cardenal Pedro Rubiano, Primado de Colombia, “don de paz” y estímulo para continuar este camino que nos conduce de la Colombia que tenemos a la Colombia que anhelamos.

Cuando he considerado las batallas que hemos de vencer: la de la esperanza, la de los principios, la de la justicia, la de la verdad y la de la paz, encuentro que según el Evangelio ellas unifican su tarea y la nuestra porque es un propósito común de las gentes que nos identificamos con los valores cristianos

abrir las puertas a “la civilización del amor” y ser “constructores de una nueva sociedad”.

Boyacá y la Cruz

Su Eminencia Pedro, cardenal Rubiano:

La pensadora Ana Arendt escribió en su bello libro “Hombres en tiempos de oscuridad” que es preciso que quienes, habiendo tenido una vida esforzada y meritoria, asumen la tarea de conducir a sus hermanos al reino de justicia, de amor y de paz, lleven consigo el “viático” que les permita reforzar en cada momento el esmero por recorrer el camino.

Ya lleva Su Eminencia, como Pastor, la cruz del Cristo que todos reverenciamos como Salvador. Hoy, como Presidente de todos los colombianos he decidido otorgarle la Cruz de Boyacá, porque ella es la expresión de una comunidad nacional, de su propio pueblo, que quiere vivir a plenitud la dignidad de la libertad, la certeza de la paz y la realidad de la justicia que dieron sentido a la existencia del Libertador Bolívar. Esta es una condecoración que estableció él mismo

para señalar a quienes, viviendo con honor, hacen de su estancia en el mundo un compendio de testimonios y de compromisos en favor de sus semejantes.

Este es el máximo galardón que entrega la patria colombiana a los hijos que la sirven y la honran, y quién mejor que Su Eminencia, Cardenal Rubiano, para llevarlo desde hoy y para siempre junto a su corazón.

Su Eminencia ha sido y es, por fortuna, un colombiano ejemplar: un hijo de Cartago, un valluno de pura cepa; un pastor que dejó su huella amorosa en las Diócesis de Cúcuta y de Cali, y un guía que dirigió con mano sabia la Conferencia Episcopal. Hoy orienta a su feligresía con paso certero desde la capital del país y sus palabras siempre tienen un sentido de construcción y de esperanza para todos los que las escuchamos y esperamos con devoción y admiración.

Esa Cruz de Boyacá que el Libertador reservó a los mejores hijos de la Patria hoy reposará en los hombros y el pecho de un hombre bueno y exaltará el sagrado púrpura cardenalicio con los colores amados de la bandera colombiana.

Pienso al entregársela lo que de seguro Su Eminencia pensará al recibirla y es la evidencia de que “un honor recibido nos convoca a iluminar mayormente el camino con el ejemplo”.

Bien sé yo que la historia tiene sus propios ritmos y que es preciso tener fe y confianza en quien ha recibido la responsabilidad de guiar y sobre todo tener la certeza de que en la paz se encuentra lo que a la paz se lleva.

* * *

Apreciados amigos:

Celebramos hoy en nuestro Cardenal Colombiano a un Cardenal del Tercer Milenio que ha llegado con todos sus desafíos, con todos sus interrogantes pero también con la plenitud de nuestros sueños.

Los retos del Milenio

Cómo me alegra y me anima la clarividencia y la frescura de pensamiento de Juan Pablo II cuando en la “Carta” dirigida a todos nosotros para ingresar en el nuevo Milenio nos pide no olvidar los retos que se nos presentan:

- Los de la paz amenazada por la pesadilla de guerras catastróficas
- Los del respeto por los derechos humanos de tantas personas, especialmente de los niños.
- El reto de defender y respetar la vida de cada ser humano
- El reto de la ecología
- El reto de las potencialidades de la ciencia

Pero, sobre todo, esa demanda urgente por abrirle caminos a la solidaridad base de la paz y de la convivencia.

Esta noche nos hemos reunido para congratular a Su Eminencia Pedro, cardenal Rubiano, para agradecer “su creación” por el Santo Padre, para reconocer sus méritos del pasado y animar los del futuro y para agradecer a la Iglesia la compañía solícita en la búsqueda de respuestas a una sociedad que desde la esperanza desafía nuestra imaginación y nuestros compromisos.

Muchas gracias.